

D. Fernando fué conducido preso al castillo de Consuegra, en donde permaneció hasta que por orden de D. Juan de Austria se le embarcó para Filipinas, quitándosele todos sus títulos y honores, sin dejarle mas que su nombre.

Valenzuela no sabia la suerte que habia corrido la reina, encerrada en Toledo, ni D^a Eujenia, presa en un convento de Talavera.

D. Fernando, con el alma despedazada, llegó á Cádiz y se preparó á embarcarse para las Filipinas.

Rodeado de soldados caminaba para el puerto, cuando una mujer alta, cubierta con un velo se acercó á él y le dijo:

—Ten valor, Valenzuela; tu enemigo morirá y tú volverás á España.

Los soldados pretendieron apoderarse de aquella mujer porque sus palabras habian sido escuchadas por todos pero fué imposible: entre el gran concurso que se habia reunido para ver embarcarse á Valenzuela, la mujer pudo huir sin dificultad.

El viento sopló favorable, las naves que partian para Veracruz tendieron sus velas, y Valenzuela dijo el último adios, á su patria.

.....

 Un año despues se celebraban las exequias del príncipe D. Juan de Austria que habia muerto repentinamente.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO III.

EL TAPADO.

I.

En que se lleva al lector á que conozca una casa en México en el barrio de Tlaltelolco, en el mes de Mayo de 1683.

ERA la noche de uno de los últimos dias del mes de Mayo. Negras y tempestuosas nubes se agrupaban en el horizonte, y el cielo encapotado no mostraba ni una sola de sus estrellas.

Soplaba el ambiente húmedo como precursor de la tormenta, y los relámpagos se sucedian sin intermision, reflejándose en las tranquilas aguas de Chalco y de Texcoco.

El trueno se repetia en los montes de Rio-frio y en las cañadas del Popocatepetl, y el Iztatzihuatl, y se alejaba hasta morir en las faldas de Ajusco y de la serranía de las Cruces.

Al norte de la ciudad de México, por el antiguo barrio de Tlaltelolco, y separada de todos los demás edificios, se levantaba una pequeña casa en medio de un campo sin vegetación, sembrado de escombros y cruzado por zanjas y por canales casi secos de diversa profundidad.

Aquella casa debía haber sido en otros tiempos una gran casa, pero abandonada seguramente por sus propietarios durante muchos años, se había ido destruyendo hasta haber quedado casi inhabitable.

La mayor parte de los techos habían caído; los pavimentos estaban cubiertos de tierra en la que crecían malvas y otras yerbas silvestres; las paredes que no estaban derribadas tenían un color sepia, y cruzadas por grietas inmensas, en donde brotaba también la yerba y se albergaban las sabbandijas.

Aquella casa tenía dos pisos, y en el patio principal se conservaba todavía la escalera cubierta de musgo que conducía á las habitaciones superiores.

Apenas se veían batientes en algunas ventanas, y la puerta principal estaba casi tapiada con adobes, no dejando para entrar sino una especie de postiguillo, que se cerraba con unos trozos de madera que eran seguramente fragmentos de las vigas de las habitaciones.

El viento, penetrando en las piezas desiertas y en los ámbitos del patio y de los corredores, producía un rumor triste y pavoroso.

Sin embargo, aquella casa estaba habitada, y en uno de los aposentos interiores brillaba una luz, que agitada constantemente por el viento, formaba una especie de relámpagos y arrojaba de cuando en cuando un vacilante resplandor sobre las ennegrecidas paredes del patio.

Aquella estancia iluminada estaba en el piso alto y al término de la escalera.

Era un aposento largo y no muy estrecho, sin arteson ninguno; las paredes sucias y en algunas partes cubiertas también de musgo, indicaban que penetraban allí la lluvia y el viento.

En medio de aquel aposento ardía una hoguera en derredor de la cual cinco ó seis hombres sentados en adobes y piedras arrancadas de la pared, más bien que conversar parecían entretenerse en contemplar la caprichosa figura de las llamas.

Aquellos hombres estaban no pobre, sino miserablemente vestidos.

Ninguno de ellos hablaba, y solo de cuando en cuando se escuchaba el golpe de una raja de leña que alguno arrojaba á la hoguera para alimentarla, ó la exclamación que alguno lanzaba cuando una bocanada de viento entrando por la ventana hacía arremolinar las llamas, y llenaba el aposento de un humo denso y sofocante, y entre el cual caminaban algunas chispas brillantes.

Así permanecieron largo tiempo, hasta que se oyó el ruido de la lluvia que comenzaba á desprenderse con grande abundancia.

El resplandor de un relámpago, seguido casi inmediatamente de un gran trueno, vino á sacarles de su meditación.

—Cerca ha caído el rayo—dijo uno de ellos con negligencia y como preocupándose muy poco de la tormenta.

—Los truenos de Mayo—contestó otro en el mismo tono: la tempestad está encima.

—Lo siento, porque quizá no pueda venir el Señorito, y

hemos perdido aquí la noche, pero el Camaleon dijo que vendría.....

—Así me lo aseguró—dijo un hombre rubio de ojos claros, cargado de hombros, y que no había hablado aún—y cuando el Señorito dice una cosa la cumple.

—Menos cuando no—dijo un negro atezado, removiendo el fuego.

—Miren con lo que sale el Pinacate—contestó el Camaleon—¿y qué cosa no te ha cumplido?

—Prometió sacarnos de pobreza—dijo el Pinacate.

—Y lo cumplirá—contestó el Camaleon.

—Sí, eso sucederá algún día, pero será cuando ya *chifle mi calavera*.

—Ya veremos, lo que es por esta noche me ha dicho que viene y vendrá.

—Santas noches, señor Camaleon y *compaña*—dijo á ese tiempo una voz dulce y melodiosa detrás de aquellos hombres.

Todos volvieron el rostro y vieron avanzar á una muchacha como de diez y seis años, pobremente vestida, sin zapatos, con un pedazo de lienzo azul por todo abrigo, y completamente empapada.

Aquella muchacha, que era casi una niña, tenía dos hermosísimos ojos pardos; su cabello castaño estaba recogido dentro de una sucia y vieja redecilla; mostraba la palidez de la miseria, y sin embargo, era lo que puede llamarse una muchacha bonita y graciosa.

—¡Ah! ¡la Apipizca!—esclamó el Camaleon.

—La misma, buen mozo, y vengo mojada hasta los huesos

—Tú tienes la culpa por haber venido tan tarde—dijo el Pinacate—no te hubiera caído el agua.

—Cierto que no; porque no debía yo haber emprendido la marcha mirando que venía la tempestad, pero esta maldita costumbre de buscar á los amigos, y que mi madre se durmió tarde.

—¿Ya se durmió?

—Sí, la dije que venía á veros, y me contestó: “hasta que yo me duerma, que no me agrada estar sola;” la compré su aguardiente, y á poco se durmió.

—Vaya en paz, ¡ojalá y no despierte nunca!—dijo el Camaleon.

—Deslenguado, calla, que es mi madre—contestó la muchacha dando graciosamente un golpe con su manita en la boca de aquel hombre.

—Vamos siéntate cerca de las llamas para secarte.

—Yo aquí—dijo la muchacha, y se sentó al lado del Camaleon.

—Vamos, ya estoy aquí: ¿y para qué me quereis? á ver.

—Para esto—dijo uno de aquellos hombres haciéndola una caricia tan pesada que la hizo gritar.

—¡Oh! no hay que ser tan pesados, porque me incomodo.

—Para *gustar* contigo, para que nos distraigas y nos cantes—dijo el Camaleon ¿trajiste tu vihuela?

—¿Vihuela? bonita está; empeñóla mi madre ayer para comprar pulque.

—¡Vieja maldita! esclamó el Pinacate.

—Cállate, negro feo—dijo la muchacha—siempre vosotros hablando mal de mi madre detrás de ella, pero apenas la miran, la tienen mas miedo que al diablo.

—Porque es bruja.

—¿Bruja? porque sabe dar unas cortadas que no se borran nunca, si no que lo diga el Cupido, que un día porque

me quiso llevar á fuerza le hizo mi madre dos caras del primer viaje.

—Es verdad—contestó un hombre que mostraba una horrible cicatriz que le atrevesaba toda la cara—*esa me debe la vieja.*

—Pues cobrásela, y te la pagaré yo—dijo la muchacha tendiéndole la mano como para recibir un golpe.

—Pues tú así me pagas—contestó el Cupido tomando aquella mano y mordiéndola suavemente.

En este momento se oyeron los pasos de un hombre que subía la escalera.

—El Señorito—dijo Camaleon.

Todos se levantaron y penetró á la estancia un hombre sacudiendo violentamente su sombrero.

El recién venido era un jóven como de veinticinco años, moreno, de grandes ojos negros, bigote corto y atusado, labios delgados, y dientes blancos, pero que por la configuración de la boca siempre se descubrían aunque el individuo no se sonriese.

Vestia de negro segun la costumbre de aquellos tiempos, y ostentaba en el talabarte espada, daga y pistola.

—¡Maldita noche!—dijo—negra como el alma de Satanás: á ver, Pinacate, un asiento cómodo de cerca de la lumbre:

El Pinacate obedeció sin replicar.

—Vamos, Camaleon, sacude mi ferreruelo y mi sombrero.

El Camaleon recibió el sombrero y el ferreruelo.

El jóven se sentó cerca de la lumbre, y descubriendo entonces á la muchacha, exclamó:

—¡Ah! ¡tú también aquí, buena moza? ven á sentarte aquí conmigo; ya estás perdida, pero no le hace; siéntate

aquí, te haremos cariños, no se me olvida nunca que fuiste mi amorcito.

La muchacha con gran desparpajo tomó asiento junto al Señorito, el jóven la pasó el brazo al derredor del cuello la hizo una caricia, y luego dirigiéndose á los demas, les dijo:

—¡Ea! á sus lugares, y hablemos.

Todos volvieron á sentarse al derredor de la hoguera pendientes del jóven que se entretenía en acariciar á la Apipizca.

La muchacha recibía aquellas caricias con una desenvoltura repugnante.

ces que nos puede sacar de apuros por muchos años: ¿estais listos para ayudar?

—Sí—dijo el Camaleon.

—Se trata de dar un golpe al rico marqués de Rio-florido que tiene en sus cajas muchos pesos, muchas onzas, muchas alhajas y una soberbia vajilla de plata. ¿Qué tal bocado?

Los ojos de aquellos hombres despidieron un relámpago como si hubieran tenido delante todo aquel tesoro.

La muchacha acarició con ternura el rostro del Señorito: aquella noticia la habia vuelto amorosa.

—Pero el negocio tiene sus dificultades; el marqués es hombre muy precavido, y á lo que se dice, valiente; la servidumbre no es numerosa pero sí fiel, y seria preciso dar una batalla si quisiéramos tomar la plaza por fuerza.

—¿Entonces?... dijo uno.

—Oid, que llevo ya andada la mitad del camino, porque soy como el jefe de esta empresa, y tengo de hacer lo mas.

Los hombres se movieron como para escuchar mejor, la Apipizca se acercó mas al Señorito y el Pinacate arrojó á la hoguera otra raja de leña.

El ruido de la lluvia continuaba, y dentro de la estancia sonaba monótono el golpe del agua que filtrándose por el viejo techo caia acompasadamente sobre el pavimento.

—Como sabeis, nadie conoce en México mis relaciones con vosotros, y yo paso en la ciudad por D. Guillen de Peryra, que vive de sus réditos y de sus haciendas: esto me abre las puertas de la sociedad y tambien me ha facilitado entrada á la casa de D. Manuel de Medina, marqués de Rio-florido. El viejo es rico, avaro, y casi misántropo: su hija D^a Inés tiene otro carácter; no es ya jóven, ni vieja todavía,

II.

De quien era el señorito y de lo que trataba con la mala jente en la casa de Tlaltelolco.

A lluvia seguia cayendo en abundancia y produciendo un rumor triste sobre los techos inválidos de la arruinada casa.

El viento habia cesado, pero los relámpagos, los rayos y los truenos eran á cada momento mas frecuentes.

El Señorito, como le habian llamado aquellas jentes, tomó la palabra con todo el aplomo de un gran orador, y sin separar su brazo del cuello de la Apipizca, comenzó su discurso.

—Hace ya muchos dias—dijo—que estamos en espera de una oportunidad para hacer cambiar nuestra suerte: vosotros debeis estar pobres, y á mí comienzan ya á escasearme los recursos.

Todos movieron la cabeza en señal de asentimiento.

—Pero hé aquí—continuó el Señorito—que se nos viene á las manos uno de esos buenos negocios, uno de esos lan-

pero es bella, bien formada, y sobre todo, una de las mujeres mas ardientes que he conocido; por su edad no está ya en estado de tener galanes, á pesar de que como os he dicho, es fresca y hermosa, pero de seguro que nadie la apetece para su mujer, sobre todo, por las historias que se cuentan aquí de España: yo entré á su casa; por no dejar la dije una galantería, que me gusta, aunque no para esposa; oyóla con agrado, y hé aquí que de la noche á la mañana me encuentro en la mas ardiente correspondencia con ella, que á decir verdad, tiene lo menos diez años mas que yo de vida.

—Seducor—dijo la Apipizeca tomando con sus deditos uno de los labios del jóven—así te burlaste de mí cuando era yo inocente.

—Calla, Marta, no hables de eso, que yo tambien lo era y tanto perdiste tú como yo.

La jóven se sonrió de una manera maliciosa y el Señorito continuó:

—D^a Inés está loca por mí, y se lo creo, porque como yo nada siento, puedo juzgar imparcialmente de su amor; pues bien, en ese amor está fundado mi plan; dentro de muy poco tiempo seré dueño enteramente de su voluntad, y entonces la pediré que me abra la puerta de su casa á la media noche, y cuando todos esten durmiendo; ¿entendeis?

—Sí—dijeron todos.

—En ese caso entraré dejando como por descuido abierta la entrada por donde vosotros os colais bonitamente y sujetais al viejo y á la servidumbre; si D^a Inés nada advierte, que esto dependerá de la situacion de las piezas de la casa, bien, adelante: si algo siente, salgo, os batís conmigo, me desarmais, me atais y punto concluido; ella nada sospechará de mí, y por cuidar de su honra, cuidará muy

bien de no descubrir á nadie que estaba yo á esas horas en su cámara; ¿qué tal?

—Perfectamente, ¿y cuándo se dará el golpe?—dijo el Camaleon.

—Yo os lo avisaré, ya diciéndolo á alguno de vosotros, ya por medio de Marta que me ayudará en esto; ¿es verdad, jitanilla linda?

—En cuanto quieras, buen mozo; que me gustas como siempre.

—Porque he pensado—continuó Pereyra—que Marta entre á servir á D^a Inés para tener allí un aliado mas.

—Pero si nunca he servido—dijo Marta haciendo un dengue que indicaba contrariedad—no sé.

—No le hace, aprenderás.

—¿Y así me podrán recibir? tan pobre, sin zapatos, sin...

—¿No tienes mas ropa?—preguntó Pereyra.

—¿Mas ropa? mira como están ahora mis galanes y mi querido y dime si podré tener otra ropa.

Y Marta con un cinismo impropio de su edad, señalaba á todos aquellos truhanes.

—No importa, mañana mismo te planto como una duquesa y te alecciono en el papel que vas á desempeñar y en el modo con que debes entrar á la casa del marqués.

—¿Y mi madre?

—Déjala en paz.

—No, ¿por qué la he de abandonar? ¿quién la mantiene?

—Corre de mi cuenta, te prometo enviarla tanto pulque y tanto aguardiente que no alcance á tomárselo en los años que le falten de vida.

—Entonces estoy conforme, ¿tú la hablas, buen mozo?

—Yo la hablo, ya sabes, no mas le digo: necesito llevar-

me á Marta á que pase unos dias á mi lado, y nada replicará.

—Muy bien.

—Mañana espérame en tu casa, muy limpia y muy bien peinada, porque yo enviaré la ropa muy temprano y luego iré á verte para que tomes la leccion.

—Perfectamente.

—Vaya, hemos concluido, ¿no tienen por ahí un trago de algo? porque la noche está fria y húmeda.

—Solo aguardiente—dijo el Pinacate—que lo tenia oculto por si veniais, pues sé que os gusta echar un trago.

—Venga.

El Pinacate se levantó seguido de las codiciosas miradas de todos aquellos hombres y dirigiéndose á un rincon sacó de debajo de una vieja manta una botella.

—Aquí teneis—dijo presentándola á Pereyra.

El jóven la recibió, quitó el tapon y en vez de tomar, acercó la boca de la botella á la boca de Marta.

—Endúlzamela—dijo.

La jóven quiso tomar la botella.

—Por mi mano—dijo Pereyra, y la jóven aplicó los labios á la botella y dió tres ó cuatro grandes tragos.

D. Guillen la llevó luego á la boca y bebió.

—Magnífico—esclamó—sabe á labios de muchacha bonita.

La lluvia parecia haber cesado, y apenas se escuchaba como un murmullo lijerísimo.

—Me voy—dijo el Señorito levantándose—ya no llueve, y todos vosotros estais ya advertidos.

—Sí, contestaron todos.

—¿Y yo me quedo?—preguntó Marta, cuyos ojos comen-

zaban ya á tener el brillo de la exaltacion que le producía el licor, y cuyas mejillas se teñian de un suave carmin.

El Señorito la miró sonriéndose, y luego contestó:

—No.... no.... te has puesto muy animada y muy bonita con ese trago, y seria lástima que te quedaras entre estos hombres: vámonos, te llevaré á tu casa.

La muchacha, medio vacilante, tomó su manto mientras el Señorito se ponía su sombrero y el ferreruero, y luego pasando uno de sus brazos al derredor de la cintura del jóven, salió apoyándose en él.

Los hombres les vieron salir, despues se asomaron por una de las ventanas, y cuando estuvieron seguros de que ya estaban fuera de la casa volvieron á sentarse como estaban antes.

—Pues mal nos trata el Señorito—dijo el Camaleon.

—Toma, y tú que siempre sales por él—contestó el Pinacate.

—Sí, es cierto, pero esta noche me ha podido que así, no mas por bien plantado, se llevó á la Apipizca cuando yo la habia hecho venir.

—Por eso se la llevó, por no dejarla en tus manos.

—Sí, porque dice que le parecia bonita; esta noche, cuando él ya la habia abandonado hace mucho tiempo.

—¡Bah! mañana lo verás.

—Eso es, cuando esta noche estoy pensando que él se la lleva.

—¿Sabes, Camaleon, que me parece que tienes celos por la Apipizca?—dijo riéndose el Cupido.

—Puede ser, porque hace algunos dias que la estoy queriendo, y ya me habia yo acostumbrado á que no mas fuera mia.

—¡Eres un loco!

—Otras le he pasado al Señorito, pero esta me la paga.

—Como no le *claves* al torcer una esquina, no creo que tú ni ninguno de nosotros se le pare de frente.

—Ya se vé, pero yo sabré lo que hago.

—¿Qué?

—¿Me juran todos seguir un plan muy bueno que me ha ocurrido para salir de pobres y quitarnos al Señorito?

—Sí.

—Pues júrenmelo.

Todos aquellos bandidos se quitaron respetuosamente el sombrero y besaron la cruz que habian formado con los dedos de la mano derecha.

—Maldita sea el alma del que falte ó *cante*—dijo Camaleon.

—Maldita—repitieron todos.

—Pues oigan—continuó Camaleon—¿recuerdan lo que nos dijo el Señorito? entramos á la casa del marqués, sacamos lo necesario y luego nos repartimos; aquí esta lo mejor; él sin esponer nada porque hasta la salida busca de que le hemos de desarmar, toma como siempre la mejor parte, ¿por qué hemos de ser tan tontos? una vez desarmado, le matamos, y todo el botin para nosotros.

—¿Pero y si se resiste? dijo el Cupido.

—No se resistirá, porque él mismo nos ha dicho que le desarmemos, y en la creencia de que le vamos á obedecer, se deja, y despues. . . en un *decir Jesus* le dejo mas muerto que está mi padre.

—Bueno, bueno—dijeron todos.

—Ahora silencio—y cada uno se *largó* á su casa.

Y todos aquellos hombres se deslizaron como unas som-

bras en la oscuridad y solo quedó allí el Camaleon, porque allí tenia su guarida.

Entonces, tomando un gran cántaro lleno de agua lo vertió sobre la lumbre para apagarla.

Procuró cerrar los viejos batientes de las ventanas y de la puerta y arrebujado en una manta se acostó en uno de los rincones, despues de haberse santiguado devotamente.

Grandes y fuertes rejas de hierro por todas partes, hasta el extremo de la escalera que desembocaba al corredor.

Y todo cerrado siempre, y tantas precauciones para recibir y dejar entrar á cualquiera persona como si fuese aquella una plaza sitiada.

Pocas visitas: D^a Inés salía algunas veces; el marqués casi nunca.

La vida de aquellas jentes era triste; mucho rezar, comer, dormir siesta.

En las noches una tertulia compuesta de un fraile de la merced, un inquisidor, dos beatas descubiertas de la vecindad, y á última hora nuestro conocido el Señorito.

Pero el Señorito, *habia puesto*, como se decia en aquellos tiempos, *una pica en Flandes*, logrando ser admitido en la casa. El padre mercedario fué su salvador.

D^a Inés aún era jóven, y sus pasiones estaban más exaltadas con el aislamiento. El triunfo de D. Guillen no fué difícil.

D^a Inés creyó haber encontrado una distraccion en la triste monotonía de su vida.

D. Guillen creyó ver en aquellos amores el principio de una gran fortuna.

Poco á poco fueron encendiéndose aquellos amores hasta llegar al estado en que los ha dejado entrever D. Guillen al hablar con los tunos en la casa del Camaleon.


La noche que siguió á aquella, D^a Inés y su padre conversaban con sus tertulianos.

En una gran estancia amueblada con camapés y sitaliales de caoba, tapizados de viejo damasco amarillo, tenia lugar aquella reunion.

Dos velones de cebo colocados en los albortantes de dos

III.

En el que vuelven á aparecer el marqués de Rio-florido y su hija D^a Inés de Medina.

 A gran acequia que conduce de las guas de la laguna de Chalco á la de Texcoco, pasaba á la espalda de la casa que ocupaba en México el marqués de Rio-florido.

Aquella casa era un inmenso edificio, pero casi deshabitado.

El marqués se habia vuelto avaro, de manera que tenia muy poca servidumbre, comparativamente con la que sostenian los hombres ricos en aquellos tiempos.

Una sola carroza quedaba para que saliera en ella D^a Inés, y en el patio de la casa no se veian ni lacayos, ni palafreneros, ni nada que indicara las grandes riquezas del propietario.

Un tronco de mulas para tirar la carroza y dos ó tres criados: este era todo el aparato.

En cuanto á las habitaciones superiores, que eran las que ocupaban el marqués y su hija, recuerdos no más de un lujo pasado. La estancia del marqués separada enteramente de la de su hija.

pantallas esparcían su incierta y escasa claridad, dejando envueltos en sombras los dos extremos de la estancia.

La conversacion no era jeneral.

El inquisidor y el mercédario departían con el marqués por un lado, y por el otro, D^a Inés cortejaba á D. Guillen y á una beata vieja, magra, pálida, con grandes y aguzadas narices y ojos verdes, redondos y saltones. La beata vestía el hábito de San Francisco, y era conocida en el barrio con el nombre de madre Salomé.

El Señorito tomaba allí delante de todos el aire compuesto de un *ejercitante*, aunque á solas con D^a Inés era otra cosa.

—Crea vuesa merced, mi señora D^a Inés—decía la beata Salomé—que no hay mejor devocion que la del Santo Anjel de la guarda, eficazísimo en todo trance ó necesidad.

—Yo tengo particular devocion á mi Anjel—dijo el D. Guillen lanzando á D^a Inés una mirada de intelijencia tan rápida como ardiente, en la que la dama leyó:—ese ánjel eres tú.

—Pues bien hace vuestra merced—le contestó Inés con otra mirada tambien muy significativa—porque así estará seguro de que el ánjel no le abandonará nunca.

—Como que eso sí—continuó la beata—una oracion fervorosa al Santo Anjel es un verdadero deliquio.

—Tanto es verdad eso—dijo D. Guillen mirando á Inés—que si mi ánjel me dijera que era la hora de morir diciéndolo él, moriría con verdadero placer.

—Pero tenga vuesa merced seguro—contestó D^a Inés que amando así á su Anjel, su Anjel deseará que viva vuesa merced muchos años, pues que tan bien y tan amorosamente le sirve.

—Es cosa—continuó con fervor la beata—que un solo dia no se me pasa sin rezarle y hablar con él.

—Gracias á Dios que á mí me pasa lo mismo—agregó D. Guillen—y no salgo nunca de aquí sin decirle algo, porque andando voy y rezando; esta noche tengo pensado hablarle largamente de mis cuitas.

El jóven miró á la dama como interrogándola si comprendía.

D^a Inés le miró tambien y como para darle á entender que habia entendido, le contestó:

—Pues él os escuchará con gusto, ¿es verdad señora Salomé?

—De seguro—contestó la vieja—que ese es el único amor correspondido; el de Dios y el de sus santos.

—Por eso me encuentro tan feliz—dijo con mucha uncion el jóven—porque creo que este amor es el amor correspondido. ¡Bendito sea mi Dios y Señor!

—Y correspondido quizá con usura—agregó D^a Inés.

—Lo confieso—replicó D. Guillen—coñezco tanto mi poco mérito, que solo el favor de servir á tan divino dueño, seria compensacion, pues ahora saber que hay correspondencia, ¿qué será? por eso con el alma entera me entrego á tan divino amor.

—Y yo tambien—dijo con exaltacion D^a Inés interpretando como debia aquellas amorosas confesiones.

—Bendito sea mi Dios y Señor que me ha hecho venir entre tan buenos cristianos!—esclamó la beata.

Y la conversacion siguió con todas las apariencias de relijiosa, pero interpretada por los amantes conforme á su pasion.

Por el otro lado, el marqués, el inquisidor y el merceda-

rio, hablaban de las depredaciones de los piratas; sostenian que todos ellos eran unos herejes calvinistas, y echaban la culpa de todo, no á lo mal guardado de las costas, ni al poco celo del almirante y jenerales encargados de perseguir á los piratas, sino á Martin Lutero que habia venido al mundo á crear aquélla secta de herejes cismáticos.

Porque para la jente de aquellos tiempos, y sobre todo, para los que vivian en las colonias españolas, los protestantes eran una especie de raza nueva, raza de ogros ó de vampiros que habia brotado sin saberse cómo al calor de las palabras del reformador.

Aquellas jentes no podian figurarse que los protestantes de quienes oian hablar y de quienes hablaban sienpre con tanto horror, fuesen hombres como todos, sino que algo de diabólicamente fantástico les atribuian siempre; por lo menos el olor de la excomunion.

Las conversaciones se animaban algunas veces en la tertulia del marqués, y entonces el inquisidor y el mercedario declamaban y citaban latines.

El marqués les oia con calma, y el otro grupo suspendia su coloquio por algun tiempo para escuchar.

Volvia la calma y volvian las conversaciones á reanudarse.

De cuando en cuando el mercedario, que era el de mayor estatura, se levantaba de su asiento, tomaba unas tijeras y una charolita y cortaba el largo pábilo de los velones de cebo.

Dieron las diez de la noche y todos se pusieron en pié, y comenzaron á despedirse cortesmente.

El mercedario se retiró primero, solo; siguióle el inquisidor, á quien esperaba un lacayo con un farolillo, y luego la

beata, á quien por ser persona de tanto aprecio, dos criados de la casa iban á llevar en una silla de manos.

D. Guillen salió el último de todos, El marqués se despidió de D^a Inés que le besó la mano y se fué á su aposento.

Pero D. Guillen no se dirijió á la escalera, sino que protegido por la oscuridad, se ocultó tras una de las columnas del corredor y permaneció allí sin moverse.

Pasó largo rato, hasta que una de las puertas se abrió suavemente, y oyó que le llamaban.

Entonces se deslizó procurando no hacer ruido y llegó hasta aquella puerta en donde le esperaba D^a Inés.

—Amor mio—dijo el jóven—qué largo y qué triste se me hace el tiempo que transcurre sin poderte hablar!

—Mi dueño—contestó la dama—para mí tambien es horrible, ¿pero qué quieres? mi padre tiene ahora un jenio tan violento y tan susceptible, que he llegado á tenerle miedo; en España me dejaba tanta libertad, y aquí.....

—Qué felices deben haber sido los que te amaban en España!

—Nunca amé allí á nadie como te amo á tí.

—¿Quién sabe!

—Ingrato, ¿eres capaz de dudarle?

—Por supuesto.

—¿Por qué, mi bien?

—Mira, si tú me amaras tanto como dices, querrias estar siempre á mi lado.

—Y quiero, quiero, dueño mio.

—No se te conoce aún.

—¿Pero qué quieres que yo haga, mi vida?

—De tí depende que nos veamos mas continuamente, con mas libertad.

—¿Y cómo?

—Muy fácilmente, yo sé que esta casa tiene una puerta que da á la acequia.

—Es verdad.

—Por ahí podría entrar un amante á quien tú de veras quisieras de todo corazon.

—Alma mia, no se puede.

—Porque tú no quieres, ingrata.

—No por eso, luz de mis ojos; no por eso, no me culpes yo soy capaz de hacer por tí cuanto hay, pero esa puerta tiene llave y esa llave la guarda mi padre.

—Yo no te pido imposibles, saca con cera la forma de la cerradura, dame ese molde y yo te traeré la llave.

—Lo haré; verás como no tienes razon de quejarte.

—¿Y cuándo?

—Mañana mismo.

—Ahora sí creo que me amas; adios.

—Hasta mañana; no faltes.

—No, adios.

IV.

De lo que pasó en México el viérnes 21 de Mayo de 1683, y de cómo los franceses pusieron en movimiento á toda la ciudad.

EN una de las calles del Reloj habia por aquella época una casa que sin ser muy notable por la grandeza y elegancia de su arquitectura, llamaba la atencion por la limpieza y cuidado que desde la fachada podia notarse.

En aquella casa vivia D. Lope de Montemayor, hombre acandalado, personaje distinguido y uno de los mejicanos mas nobles y mas considerados en la ciudad.

D. Lope vivia solo; sus padres habian muerto hacia algunos años, dejándolo como hijo único, dueño de una gran fortuna.

Montemayor tendria treinta y cinco años, revelaba vigor y juventud en su aspecto, no mas que sus amigos habian notado que en los últimos años su carácter habia cambiado, y en vez de buscar como antes la compañía y las diversiones, pasaba los dias encerrado en su estancia leyendo ó daba largos paseos á caballo por los alrededores de la ciudad.